

trimonio; para esto fue á Londres, y le negaron á esa pobre niña; nada me ha dicho claramente, pero recuerdo algunas alusiones suyas.

—¡Nunca me has dicho nada!—murmuró Emma con acento desolado.

—Amiga mía, estabas entonces muy enferma; cuando entraste en convalecencia, Dexter había ya partido para la India. Te confieso que pensaba en ti mucho más que en él; ¿no recuerdas, querida Emma, que faltó muy poco para que me dejáras?

Emma besó á su marido en la mejilla; era un beso tierno y tranquilo, que resumía cuarenta años de dicha, y ya no se quejó más de su reserva en el asunto de la ventura de Fany.

—Nadie piensa ya en esto más que nosotros,—dijo;—por suerte, á la pobre niña le ha tocado un buen marido; pero, como dices, mi querido Edward, en el fondo de todo esto debe haber alguna cosa abominable.

IV

Lady Bowerbank se hallaba sentada, sola y vestida de riguroso luto, en el despacho de la casa de su padre, calle de la Reina Ana; había ido á Londres, por la primera vez, después de su casamiento, llamada por un suce-

so bien triste: por la muerte casi súbita de sir Kendal.

Este no era viejo todavía; hasta el día de su muerte se le había visto siempre animado y activo, llevando con placer la vida de un abogado de gran renombre, ganando mucho dinero y dándose mucha prisa en gastarlo en placeres egoistas y elegantes, que el mundo aplaudía por la razón de serlo.

En medio de esta vida le encontró la muerte y le llamó: una enfermedad del corazón, cuya existencia ignoraba él mismo, se desarrolló súbitamente y le hirió en pleno tribunal y en medio de una brillante defensa: su hija y su yerno fueron llamados por el telégrafo; pero cuando el mensaje llegó á sus manos, ya sir Kendal había salido del mundo de los vivos.

Desde el casamiento de su hija, el abogado apenas había pensado en ella; las relaciones filiales que podían existir entre aquella hija tierna y aquel padre egoista debían ser puramente nominales, porque aparte de los derechos de la naturaleza, el abogado no tenía ningún derecho á ser considerado como padre.

Fany le lloró, sin embargo, pensando menos en los últimos años de su vida que en aquellos días de la infancia, en que todo hombre está contento de ser el padre de una niña bonita y dulce. Recordaba el tiempo en que la ponía en pie sobre una mesa y la hacía bailar, ó en que la llevaba al Parque vestida de muselina blanca, adornada con un

cinturón azul, y llevando sus dorados cabellos sueltos á la espalda. Fany era bien pequeña entonces; pero sabía perfectamente que todo el mundo la miraba y que las gentes se preguntaban:

—¿De quién es esta niña tan linda?

Después de aquellos años llegaron otros más tristes, y que Fany recordaba también. Su padre se ocupaba poco de ella, porque había dejado de ser bonita y ya no atraía las miradas: su belleza había sido la frescura de la infancia: aquella se había marchitado, y no había sido reemplazada todavía por la gracia moral, por la expresión encantadora que habían seducido el carácter recto y el corazón amante de Stenhouse: había estado, pues, muy descuidada durante su adolescencia, y su juventud no había empezado hasta la fatal visita que hizo su padre á Liverpool para sacarla de casa de los señores Knowle, y en la cual se había mostrado un juez sin conciencia y un enemigo cruel.

Fany le perdonaba todo esto, y sentada en el elegante sillón de su padre y ante la mesa de su despacho, se disponía, con los ojos arrasados de lágrimas, á examinar los papeles que el difunto había dejado encerrados en un gran pupitre de ébano. Llamado á Liverpool inmediatamente después de los funerales para un asunto urgente, sir Bowerbank había dejado á su joven esposa aquel cuidado, dándole así una muestra de su estimación y confianza.

Vestida con un traje de merino negro,

que dibujaba su talle flexible y elegante y hacía resaltar el dorado color de su sedosa cabellera, la joven apoyaba la mejilla en la palma de su delicada mano: hallábase asediada por tristes pensamientos. Su pobre padre, que había amado tanto las buenas cosas de esta vida, iba á pasar la primera noche bajo la tierra, dormido ya con el sueño de la muerte: era en vano que, pensando en él, tratase Fany de entrar en otro orden de ideas. El Abogado había llevado una vida tan mundana, que, aun después de la muerte, su recuerdo quedaba invenciblemente adherido á las cosas de este bajo mundo.

Lady Bowerbank hubiera querido representárselo tranquilo y dichoso en un mundo mejor, y á pesar suyo, sus pensamientos volvían atrás, y como un mal presagio, se detenían siempre en el triste y nebuloso cementerio de Kensalge, en donde se le iba á elevar un bello sepulcro: así lo había dicho sir John, y había dejado á su esposa por un día, á fin de que examinase los papeles del difunto, y de ver si había dejado expresado algún deseo respecto á su sepultura; porque el Abogado célebre, el hombre de mundo elegante, no era ya para nadie otra cosa que *el difunto*.

En aquellas tristes circunstancias, sir John había sido muy bondadoso para su mujer, y ésta sentía hacia su marido una tierna gratitud: una hora antes se habían despedido, porque el esposo debía partir en el tren de la noche á Liverpool: sola ya, se había ins-

talado en la gran pieza de trabajo, desierta y fría, y se había instalado al lado de la chimenea encendida, para estar algo menos triste: entonces empezó á examinar papel por papel aquel gran pupitre, que había sido el objeto de su respeto durante su infancia, y de sus inquietudes durante su juventud: apenas podía creer que su mirada profana iba á investigar todos aquellos secretos. Alguna idea supersticiosa había impedido á sir Kendal poner sus papeles en orden y detenerse á pensar en que podía morir; porque no se halló ningún testamento, y sus papeles aparecieron á los ojos de Fany en el más completo desorden.

Con el recogimiento que exigía esta ocupación, su hija tomaba cada papel y cada carta, lo recorría con una mirada, y los colocaba á un lado de la mesa para quemarlo en una bujía colocada sobre una gran bandeja redonda de metal, donde caían las cenizas; así destruyó muchos, porque no quería que los viese ni aun su marido; eran despojos de una vida no criminal, pero absolutamente egoísta, personal y consagrada desde el principio al fin al culto y á la adoración de sí mismo.

Lady Bowerbank empezó á sentirse fatigada; el reloj del vestibulo acababa de dar las once de la noche, y resonó en la antigua casa con un ruido lúgubre, que la sobrecogió de pavor, pues aún se hallaba débil y nerviosa, por más que su salud se hubiese mejorado en aquellos últimos días; llena de

ideas lúgubres, con el corazón triste, iba poniendo á un lado, para examinarlos otro día, fragmentos de cartas de letra desconocida para ella; cuando súbitamente sus ojos se detuvieron sobre unos caracteres que conocía demasiado bien.

Nada tenía de extraño el que encontrase allí aquel papel: su padre y Dexter Stenhouse habían sostenido una correspondencia bastante activa... debía ser, á no dudar, una de aquellas cartas que jamás le había comunicado... La tomó con temblorosa mano, y vaciló antes de leerla... Fany vacilaba siempre. Se preguntaba si tenía el derecho de violar aquel secreto.

Volvió el sobre y dejó escapar un movimiento de sorpresa: no estaba dirigida, como todas, á casa de mister Knowle en Liverpool, sino á la calle de la Reina Ana, en Londres, y el timbre del correo tenía una fecha muy posterior á aquella época desgraciada. Cuando se cercioró de esta verdad, un violento temblor agitó todo su cuerpo: la fecha era de ocho días después de haber llegado ella á su mayor edad.

—¡De modo,—se dijo,—que Dexter ha escrito! Debo, pues, y quiero leer esta carta.

Fany asió el papel con mano convulsa; pero esta vez con esa fuerza de voluntad cuya carencia había causado la desgracia de toda su vida, como causa la de tantas otras vidas humanas, porque siempre vale más tener valor bastante para ver la verdad que quedar en la incertidumbre ó en la sombra

de una perpétua mentira. La carta escrita á sir Kendal por Dexter decia así:

Caballero: Aunque no nos hayamos separado muy amigablemente, yo me dirijo á vos hoy con toda confianza, como á un hombre de honor y como al padre de una joven de la que estaba decidido á hacer mi esposa, decisión que es inmutable en mi alma, toda ocupada con su amor y su recuerdo.

Obedeciendo á vuestro deseo, me he abstenido de toda correspondencia con mis Kendal hasta la época de su mayor edad, es decir, hasta hace ocho días; aquel día y todos los siguientes me he presentado en vuestra casa para veros á vos y á ella, y para pedir os vuestra vénia de renovar á Fany mi promesa de amarla eternamente. Pero no he conseguido veros; nada he podido saber acerca de vuestra hija; la he escrito, la he esperado en la calle, tanto como las conveniencias lo permitían, y todo ha sido en vano. Tomo, pues, el partido de escribiros directamente. Ya sé que no me tenéis buena voluntad; pero tampoco podéis nada en contra mía. Por otra parte, sois padre, y os ruego, por amor de vuestra hija, que no opongáis obstáculos á nuestra dicha. No abrigo la menor duda de que me haya sido fiel, porque conozco el alma de Fany y sé que es toda mía.

Dignáos decirme dónde está vuestra hija y cuando podrá verla vuestro muy respetuoso servidor.

DEXTER STENHOUSE.

Dentro de esta carta se encontraba otra, que parecia un billete, y que se conocia habia sido escrita con precipitación extrema. Decia así:

Caballero: Acepto vuestras completas y detalladas explicaciones, y deseo á vuestra hija toda la dicha posible: ni vos ni ella seréis importunados en adelante por vuestro obediente servidor.

DEXTER STENHOUSE.

Fany quedó petrificada.

El mundo entero desaparecia á sus ojos, envuelto en un velo negro; el ruido de los torrentes mugía en sus oídos, y su corazón le golpeaba el pecho con un ruido siniestro; después todo cesó, y durante algunos instantes quedó privada de sentido.

Cuando volvió en sí, se halló con la cabeza apoyada sobre el pupitre. Su mano tenia la carta convulsivamente apretada. Recordó cuanto habia sucedido, pero no se desmayó de nuevo, y sin embargo, era de esos seres tan débiles, que nunca han conocido el valor moral.

Su padre habia creído muy poca cosa lo que habia hecho, y sin embargo, habia llevado á cabo la destrucción de dos vidas.

—¿De modo,—pensó Fany, reuniendo sus ideas,—que Dexter ha escrito? ¿Y antes de escribir llegó el día prefijado á pedir mi mano? ¡Durante dos años de ausencia me ha amado con perseverancia, con fidelidad! Había venido á Londres, dispuesto á

afrontar la prueba cruel que era inevitable sufrir, las heridas de su orgullo, el desdén con que se miraban sus sentimientos, todas las humillaciones, en fin, que hasta en las más favorables circunstancias debe soportar el hombre pobre que aspira á la mano de una joven rica. ¡De nada de esto se había acordado! ¡Había venido deseando apasionadamente casarse con ella, no pensando más que en su amor, amor firme como la roca y fiel como el acero!

En el momento en que todo esto tomó forma clara y tangible en su cerebro trastornado, un relámpago iluminó el dulce pero tristísimo semblante de Fany. Su primer movimiento fue de alegría, y su pálido rostro adquirió una rara semejanza con el de un ángel.

—¡Era fiel á mi amor! ¡No me ha olvidado! ¡Oh, Dios mío, yo os doy gracias!

Pero aquella expresión de dicha sólo duró un segundo, y sus móviles facciones pintaron de nuevo el más amargo dolor.

¿Qué había dicho el padre ambicioso, que ya dormía el sueño eterno? ¡Una mentira, á no dudar! Que su hija se consideraba libre del compromiso contraído con Dexter, y que quería casarse con sir Bowerbank.

Fany tenía el carácter más dulce, más tierno y más débil de todas las mujeres; mas entonces no lloró, ni su razón se oscureció por el delirio del dolor, ni se levantaron en su alma desgarrada pensamientos impíos. No maldijo la memoria de su padre; estaba

muerto, y ella no debía juzgar si sus acciones habían sido legítimas ó culpables. Fany sintió sólo lo despiadado, lo irremediable del hecho. Su padre la había asesinado.

Y era cierto: aquel padre elegante, estimado de todos, había matado á su propia hija, su carne y su sangre, tan completamente como si la hubiera dado de puñaladas con su propia mano.

Cuando el secreto de todas las vidas sea revelado, Dios hará contar por sus ángeles cuantos padres y madres habrán hecho otro tanto con las mejores intenciones.

Sir Kendal había muerto en su hija los resortes de la vida, no por una oposición legal y abierta, sino por una acción vergonzosa, cobarde, por uno de esos golpes á traición, que no se puede parar. Con sus ideas frívolas y egoístas, no había comprendido la enormidad de aquel crimen moral. Ni él ni sus semejantes comprenden que el amor es el solo bien que hace la vida sagrada y bella. Como todos los hombres materiales y frívolos, pensaba que los bienes materiales lo son todo, y que hacía un gran bien á su hija manteniéndola en la esfera en que había nacido, é impidiéndola que se sacrificase á un hombre sin fortuna y sin posición; en cambio de su riqueza, Dexter no podía dar á Fany más que su amor, y esto no tenía absolutamente ninguna importancia á los ojos de sir Kendal.

Lady Bowerbank veló hasta la aurora; la pobre niña estaba menos acostumbrada á

pensar que á sentir, y mil ideas se atropellaban en su cerebro; durante aquellas largas horas silenciosas, meditó amargamente en el contraste de su matrimonio, tranquilo y frío, con el honorable y rico John Bowerbank, y un casamiento en que su corazón hubiera saltado de alegría, en que hubiera visto satisfechas todas las aspiraciones de su alma, su espíritu fortificado, y que le hubiera hallado pronta lo mismo para la prosperidad que para la desgracia, para el trabajo ó el reposo, para la paz ó la inquietud.

Fany no culpó á nadie de su desventura, ni aun á sí misma; ya era demasiado tarde. Su destino estaba fijado y no podía cambiarse. Era como esas vírgenes locas, que le parecían tan desgraciadas cuando era niña; su lámpara se había apagado y no podía volver á encenderse. La puerta de la vida se había cerrado para ella, y ya no podía volverse á abrir jamás!

Así permaneció hasta que apareció el día, ese día triste y brumoso de Londres; desde el hallazgo de la carta suspendió su examen y no puso nada más en orden. Temiendo que los criados la sorprendiesen, encerró todos los papeles en un cajón y se quedó con la carta de Dexter, que guardó en su seno; después entró en su cuarto y se dejó caer en su lecho.

Al día siguiente, según los deseos de su marido, lady Bowerbank volvió á partir para Liverpool; apenas llegó á su casa, se sintió atacada de una fiebre que reinaba en la

población; nadie se asombró de tal cosa.

—Lady Bowerbank—decían sus amigas, —es una criatura tan delicada y tan tierna, que no es nada extraño haya sido atacada de la fiebre, dado el trastorno nervioso que ha debido experimentar con la muerte de su padre.

V

Hay algunos pobres seres cuyo corazón destroza completamente la desgracia: no podemos asegurar que estos seres sean numerosos, porque una gran parte del género humano carece realmente de corazón, y además hay muchos desusindividuos que tienen un extraño poder de sufrir, y que, pudiendo resistir el primer choque, continúan viviendo con su dolor; estos viven heroicamente, y acaban por recibir su parte de esta fuerza misteriosa de reparación que el cielo concede por su misericordia á las naturalezas fuertes y á las almas sanas, que vuelve el mal en bien y transforma la desgracia en una lucha activa con los sufrimientos, y que con el tiempo produce una paz más profunda que la dicha misma.

Pero hay otros seres débiles y tiernos, como la desgraciada Fanny, que están do-

tados de una gran fuerza y de una gran perseverancia para amar, y que no tienen ninguna energía para lo demás: almas dulces, delicadas, sensibles, parecidas á las plantas trepadoras, que si encuentran apoyo suben, se robustecen y dan flores en abundancia, pero que no hallándolo ó separándolas rudamente del apoyo que hallaron un día, se deslizan silenciosamente hacia la tierra, donde se marchitan sin poder hallar de nuevo su belleza, antes de morir: no presentan ninguna señal exterior de sufrimiento, y cuando el resultado fatal se produce, suele atribuirse á causas accidentales y externas, pérdida de bienes materiales, debilidad de constitución, y muchas otras.

Pero la verdadera causa de la catástrofe es que el corazón está roto. La Providencia permite muchas veces que los dulces y los débiles sucumban al rigor de la injusticia de los malos y los fuertes, que la virtud sea sacrificada al vicio, los desinteresados y los pacientes á los que no conocen ni la ternura ni la generosidad; pero este es un misterio que no será jamás revelado á las miradas humanas, y que sólo Dios puede explicarnos un día.

Fany estuvo durante muchos días agobiada con una fiebre violenta; poco á poco pareció reponerse, y ocupó su sitio en el gobierno de su casa, pero no el que antes ocupaba en la sociedad de Liverpool; no se sentía con fuerzas para eso, y además sir John había tomado la costumbre, durante su lar-

ga convalecencia, de irse á comer con sus amigos ó solo en algún hotel bueno de los infinitos que hay en aquella rica y comercial ciudad.

En la apariencia, lady Bowerbank mejoraba; pero en realidad el hilo que la sujetaba á la vida era muy débil y muy delgado. Jamás hablaba del porvenir; jamás formaba planes para más allá del mes, de la semana, y bien pronto, sin que nadie se apercibiese de ello, jamás echaba cuenta para más allá del día siguiente.

No era consunción su rara dolencia, porque los médicos, después de un examen detenido, aseguraron que los pulmones estaban perfectamente sanos; se hallaba más bien lo que las gentes del campo en Inglaterra llaman *arruinada*, es decir, en una situación en que todas las fuerzas vitales del cuerpo, y algunas veces también las del espíritu, se extinguen gradualmente; el dolor moral acaba por no hacerse sentir, y aparte la fatiga y la debilidad no se experimentan tampoco dolores físicos. No es ésta una muerte cruel, sobre todo cuando la víctima está rodeada de todos los goces que el lujo y la riqueza pueden procurar; cuando posee todo, en una palabra, menos la fuerza y el deseo de vivir, que una catástrofe inevitable le han arrebatado.

El mundo no ve bastante claramente que Dios no hubiera creado el amor mutuo, dándole por fin el matrimonio, si no hubiera hecho de él la cosa más indispensable al

matrimonio mismo; los que se oponen á lo que llaman despreciativamente *un negocio de amor*, hacen un daño inmenso, que jamás podrán remediar, porque destruyen lo que es imposible de reedificar, y arrancan á dos seres humanos lo que nada podrá reemplazar: afecciones de familia, riquezas, honores, prosperidad, todo queda sin valor cuando el amor no lo anima con su hálito divino.

La hierba verde brotaba ya sobre la tumba de sir Kendal; su vida había terminado; pero había roto dos vidas que hubieran podido florecer y perpetuar sus frutos en las generaciones del porvenir, y este mal que había hecho ya no tenía remedio.

¿Qué hacía por su parte Dexter Stenhouse? Mistress Knowle se hacía muchas veces esta pregunta; pero nunca en sus visitas á Fany, y sobre todo, después de la muerte súbita de sir Kendal, jamás este nombre había vuelto á pronunciarse; no podía suceder otra cosa, atendida la honradez de alma de aquellas dos excelentes criaturas; no obstante, la de más años de las dos amigas pensaba en su protegido más de lo que ella hubiera deseado; hacía sin cesar preguntas á su marido, sin otro resultado que saber que Dexter estaba en la India trabajando en una casa de comercio. Mister Knowle había conseguido evitar que se le hiciesen proposiciones para su vuelta á Inglaterra.

Sin embargo, de vez en cuando se recibían noticias del ausente; noticias que, vis-

to el silencio de Fany acerca de este particular, la excelente señora guardaba para ella sola: tomaba un interés muy vivo, y en el que había algo de romántico, extraño en una mujer tan práctica y tan razonable.

Jamás dejó de dudar y de repetir á su marido que un hombre tan enamorado y de tan recto juicio como Dexter Stenhouse pudiera olvidar á una mujer que tanto había querido; añadiendo que, aunque la verdad estuviese oculta para siempre, ella estaba tan cierta como de que existía, de que allí había habido manejos culpables.

Algunas veces formaba con su marido proyectos para el porvenir, que tenían algo de ideales.

—Sir Bowerbank,—decía,—no puede ser eterno: Fany, comparada con él, es una niña, y si él se muere pronto, puede volverse á casar y llamar entonces al hombre á quien ama: no será la primera vez que esto se ha visto.

El marido mecía su cabeza gris, y respondía invariablemente:

—No abrigues ilusiones, mi buena Emma; éste no es uno de esos casos.

Nunca dijo más, porque era persona de muy pocas palabras; pero su mujer se apercibió de que algunas veces hacía un rodeo de dos leguas al ir á sus asuntos para informarse de cómo estaba lady Bowerbank.

Entonces mistress Knowle, que desde su casamiento le hacía solamente una visita cada tres meses, tomó gradualmente la cos-

tumbre de ir á verla dos veces á la semana y de pasar la mañana con ella, volviendo á su lenguaje íntimo y cariñoso y llamándola de nuevo *Fany*.

Una mañana se hallaban juntas las dos amigas. *Mistress Knowle*, cuyos dedos no estaban jamás ociosos, trabajaba; la otra leía ó aparentaba leer un periódico.

La lectura debía ser interesante, porque se estaba entonces en la época de la sublevación de la India, y según la generación presente lo recordará por largo tiempo, no había una sola familia que de cerca ó de lejos no tuviese que llorar alguna víctima.

Lady Bowerbank, sin dar ninguna razón, ni se le preguntaba, porque la simpatía era universal, parecía tener un interés profundo por las noticias que llegaban cada correo: aunque estas noticias eran terribles casi siempre, no se trataba de evitarle ninguna emoción, pues así salía algún tanto de su languidez habitual: ante sufrimientos tan grandes le parecía que sus penas no eran nada.

Con gran asombro de su marido y de los médicos, *Fany* empezó á utilizar lo poco que tenía de fuerza y de actividad. Reunía ofrendas para las víctimas de la guerra, imaginaba planes para darles ayuda, procuraba descubrir situaciones más desgraciadas cada día: todo lo cual no era difícil, gracias á las extensas relaciones de la casa *Bowerbank* y compañía con la India.

—Hubiera querido hacer algún bien antes

de irme del mundo,—dijo un día *Fany* á *mistres Knowle*, que la rogaba no se fatigase: ya sabéis que he hecho muy poco en toda mi vida.

Para no contrariarla, su marido le dejaba obrar á su antojo, y consagraba dinero, tiempo y pensamientos á tan tristes obras: él mismo, para ayudarla, escribía cartas, procuraba aclarar algún caso difícil, y algunas veces dejaba su escritorio para dar á su mujer alguna noticia, para preguntarle cómo se encontraba, ó para llevarle alguna golosina, alguna fruta temprana, si había manifestado este deseo ó si se sentía más débil. Porque *Fany* tenía caprichos, como todos los enfermos; pero luchaba contra ellos, y *mistress Knowle* veía que hacía los mayores esfuerzos para manifestarse satisfecha y reconocida á las atenciones de su marido, y para aparecer sonriente mientras aquel permanecía en su habitación.

Hallándose las dos reunidas, la una bordando, y leyendo la otra, entró *sir John* y se sentó al lado de su mujer.

—Hoy tengo algunas buenas nuevas para tí, querida mía,—le dijo;—la satisfacción de las mismas la podrás partir con *mistress Knowle*: adivina.

Las dos probaron á ver si acertaban, nombrando por cortesía algunos asuntos, pero inútilmente.

—Vamos, yo lo diré,—exclamó *sir John*,—y empezaré por lo que te pertenece, *Fany*. ¿Te acuerdas de *mistress Hamilton*, aquella

viuda con tres hijos, cuyo esposo fue muerto en Boveilly, y que te escribió una carta muy tierna dándote gracias por tu socorro? Pues llega en el próximo correo.

—¿Y vendrá con todos sus hijos? ¡Me alegro! ¡Pobre mujer! ¡Debe ser bonita y buena!

—Con todos sus hijos y con algo más.

—¿Cómo?...

—Llega también con un marido: se ha vuelto á casar; de modo que ya no tienes que decir: ¡Pobre mujer!

—¿De modo, que no le mataron?

—Al primero, sí; pero éste es un segundo esposo: se ha casado con un hombre que le salvó la vida, lo mismo que á sus tres niños, y que les ha conducido entre peligros terribles muchas millas lejos del teatro de la guerra; ella ha quedado sin un sueldo; pero el que se ha casado con ella tiene una buena y sólida posición, y sin duda se enamoró de esa pobre joven; en cuanto al esposo, vos le conocéis, mistress Knowle; es nuestro antiguo dependiente Dexter Stenhouse.

—¡Stenhouse casado!—gritó la buena señora, echando una mirada á Fany, con una agitación que no pudo reprimir.

Pero la noticia que tan hondamente la había impresionado no parecía haber hecho el más leve efecto en Fany: su emoción se manifestó solamente por un pequeño temblor de sus manos, que cruzó y retuvo sobre sus rodillas; actitud que tomaba algunas veces y que Chantrey ha prestado á su estatua de la Resignación.

—Y ¿por qué no puede haberse casado?—preguntó sonriendo sir Bowerbank;—mi querida señora, parecéis tan disgustada como si contaseis con él para hacerle vuestro segundo esposo; daré parte á Knowle de este descubrimiento; ¿qué dices tú, Fany?

—Digo,—respondió la joven tranquilamente,—que cada uno debe casarse cuando y cómo le parezca, sin que los demás tengamos el derecho de la crítica si no se conocen bien las circunstancias.

—Perfectamente; eres una mujer sensata, mi querida Fany,—dijo sir John mirando tiernamente á la joven, que parecía una muerta escapada de su tumba;—y ahora me voy, porque tengo un aluvión de negocios; tendremos el placer de que comáis con nosotros, mistress Knowle.

Emma balbuceó algunas palabras de excusa, alegando que no podía dejar solo á su marido; parecía estar muy nerviosa é inquieta.

—Como gustéis,—repuso sir John;—pero estáos el mayor tiempo posible con Fany, diciéndole cuanto mal os ocurra de Stenhouse y de su casamiento; por mi parte, voy á escribirle para darle el parabién; ¿queréis, señoras, que le diga algo de vuestra parte?

—Dadle mis recuerdos,—dijo secamente Emma.

—Y los míos también,—añadió Fany tranquilamente;—le conocí en otro tiempo en casa de mistress Knowle; dadle expresiones de Fany Kendal.

—Está bien, querida mía.

Sir John salió, y mistress Knowle tomó la mano de la joven, pero sin hablar una palabra; no sabía qué decirle; la actitud tranquila y seria de lady Bowerbank la admiraba y casi le causaba espanto; no podía creerla natural, y sin embargo, lo era en el más alto grado; sin ningún esfuerzo de valor, Fany se tendió en el sofá; aunque muy pálida, no lo estaba más que de costumbre: tenía los ojos abiertos y la mirada fija en las nubes blancas que avanzaban en anchas masas por el cielo azul; sus ojos recorrían esas montañas, esos valles del firmamento, á los cuales el alma que ya está desprendida de la tierra contempla con un deseo, á la vez ardiente y tranquilo, que dulcifica toda pena, que hace fáciles todas las cosas, y que engendra una paz profunda.

—¡Estoy muy contenta de eso, muy contenta!—dijo tras una larga pausa y sin ninguna explicación.—Era preciso que se casara: ciertamente será un buen esposo para la que ha elegido, y no se puede dudar de que habrá elegido bien.

—Así lo creo,—objetó secamente mistress Knowle.

—Yo estoy cierta,—añadió dulcemente Fany,—porque sé que me ha amado con ternura y fidelidad.

Mistress Knowle hizo un movimiento de indignación: la palidez de Fany se tiñó con un vivo rubor.

—Sí,—prosiguió,—aunque las apariencias

le condenen, Dexter me ha querido profunda y fielmente: podría daros detalles que he descubierto hace poco tiempo. El día prefijado volvió y pidió mi mano: pero me lo ocultaron, y nada he sabido.

—¿Y quién lo ocultó?

—Mi padre.

—¡Qué conducta tan atroz!—gimió mistress Knowle, que dió un salto sobre su silla.

—¡Silencio! ya es demasiado tarde,—dijo Fany con una triste sonrisa;—poned la mano aquí,—añadió colocando la de su amiga sobre su corazón, cuyos movimientos eran convulsos é irregulares:—mi excelente marido no sabe nada, ni nadie más que vos, amiga mía; yo estoy bien cierta de que me muero.

—¡No digáis eso, no digáis tal cosa!...—sollozó mistress Knowle.

—Dejadme esta convicción, que es el principio de mi fuerza para soportar mis dolores, y el consuelo de los mismos,—dijo Fany.—El mundo ha sido demasiado duro para mí; en el otro seré más feliz. ¿Creéis que me haya perdonado?

—¿Quién, pobre hija mía?

—El Dexter Stenhouse: yo debí obedecer á mi padre y renunciar á él; pero no debí casarme con otro: no debe una mujer casarse amando á otra persona; pero mi carácter era demasiado débil, y esa ha sido mi culpa.

—No os acuséis, querida mía; pensad en que él se ha casado también,—dijo mistress

Knowle, que sentía una sorda agitación hacia su protegido, y conocía á la vez la necesidad de sacar partido del enlace que había contraído.

Mas la prudencia ni la cólera no tenían acción en aquella pobre alma, que, separada ya de la tierra, sentía las brisas puras y dulces que llegaban hasta ella de regiones desconocidas.

—Es verdad que se ha casado,—respondió,—y yo adivino cómo esto ha debido suceder: se ha casado por compasión, por lástima, por deber: quizá será esa una unión muy dichosa... El amará mucho á su mujer cuando yo salga de este mundo... antes no, aunque sea muy buena y muy bonita...

—También yo creo que Dexter es muy capaz de ser un buen marido,—respondió la gruesa dama con voz ahogada.—Nada tan fácil como saberlo. Yo no tendré jamás relaciones con ellos; pero quisiera saber lo que hacen, y como son los tres niños, Stenhouse debe trabajar mucho para atender á tan numerosa familia.

—Tenéis razón,—dijo Fany dulcemente.

—¿Os importa saber esto, querida mía?—preguntó mistress Knowle, tras de un largo y angustioso silencio:—si queréis, preguntaré á mi marido cuanto os interese.

—No,—respondió Fany con voz que temblaba como si saliera de un corazón roto:—vale más que yo hable á sir John; él podrá aliviar su suerte, y sé que lo hará con la mejor voluntad.

—¡Dios mio! pero ¿de qué modo, querida Fany? ¿siguiendo su antigua idea, haciendo volver á casa á Stenhouse? ¿Es ese vuestro deseo, Fany?

Los ojos de la joven parecieron más grandes y más luminosos; fijó en su amiga una mirada pura y límpida, donde se leían la inocencia, el dolor y la paz de la próxima muerte, y respondió:

—No me asustaría verle en Liverpool, pero no ahora.

Mistress Knowle apoyó la cabeza en el brazo del sofá para sofocar un sollozo; después la levantó, y dijo alegremente:

—Ya hemos hablado bastante de esas tonterías, querida Fany; no perderé de vista á Stenhouse; me voy á casa; procurad dormir un poco, y estad contenta cuando vuelva sir John, que es el mejor de los maridos.

—¡Oh, sí! ¡Yo quisiera serle siempre agradable!—dijo Fany;—tenéis razón, amiga mía; ¡es el mejor de los maridos y de los hombres!